

tres tapias en alto; é ficiéronse en ella algunos portillos, é mandaron poner en ellos gentes que los guardasen. É con esta cerca, todos los que guardaban aquellas partes estaban mas seguros; porque los moros no habian lugar de salir á dar en los christianos, ni de facer tanto daño como facian con los tiros que tiraban del muro é torres de la cibdad.

CAPÍTULO LXXXII.

De los Consejos que se ovieron, si se debía combatir la cibdad de Málaga.

En el real habia grand abundancia de mantenimientos, porque todos los dias venian navios de los puertos de la mar que son en el Andalucía, cargados de provisiones é de las otras cosas necesarias. Algunos moros de Africa, sabido el cerco que estaba puesto sobre aquella cibdad, armaron de sus fustas, é puestos en el estrecho de Gibraltar, tomaron algunos barcos de aquellos que continamente iban é venian con bastimentos é provisiones. E por esta causa mandó el Rey á los capitanes de la flota, que pusiesen en aquella parte navios armados que guardasen la mar.

Otrosi algunos malos christianos, que segun habemos dicho se aventuraban á entrar en la cibdad, informaban á los moros del estado del real, diciéndoles los que eran muertos é feridos, é los trabajos é dolencias que padescian é recelaban padecer las gentes de la hueste. Otrosi les decian, que los moros de allende tenían en la mar navios armados en su favor, é que escusaban los mantenimientos que venian al real. E que las gentes de la hueste no pudiendo sufrir estos trabajos, se iban de dia en dia, é que el Rey constreñido por estas causas alzaria presto el real. Los moros, informados de estas cosas, como quier que los mantenimientos se les iban disminuyendo, pero todavia duraban en su rebelion é no querian venir en ninguna fabla de partido, esperando que el cerco en breve se alzaria. E deseaban notificar á los de Granada é á los de las otras cibdades, el estado de la cibdad é como les eran necesarios mantenimientos é socorro de gentes. Algunos moros de la cibdad con zelo de su secta é amor de su gente, se disponian á morir ó á engañar; é salian de la cibdad, é poníanse en las manos de las guardas, ofresciéndose á ser christianos. Y estos informaban al Rey, de como la cibdad estaba bien proveida de gentes é de mantenimientos; é conociendo que el combate seria peligroso á los christianos, daban á entender al Rey, que la cibdad se podia tomar si se combatiese por aquellas partes donde las lombardas habian tirado. Otros moros que salian de la cibdad, é se pasaban á los christianos por falta de mantenimientos que habia en la cibdad, informaban al Rey de lo contrario, é decian que los mantenimientos se disminuian, é no se fallaba pan á comprar como solia, é que si de fuera no fuesen proveidos, presto la hambre les faria entregar la cibdad.

Habidas estas informaciones contrarias unas de

otras, algunos caballeros é capitanes, recelando que en la dilacion del tiempo podrian venir lluvias ó recrescerse otras cosas que ficiesen alzar el cerco, aconsejaban al Rey, que debía mandar combatir la cibdad por aquella parte que guardaba el Maestre de Santiago, donde las lombardas habian derribado algunas almenas é otras defensas de las torres é del muro: porque entendian que despues que los moros perdieron los arrabales, no tenían aquellas fuerzas que solian tener para defender; é que si viesen llegar los pertrechos al muro, por ventura vernian en alguna fabla para entregar la cibdad.

El voto de otros era, que por agora no se debía cometer el combate, porque los muros é barreras de la cibdad eran muy fuertes é altos, é tenían torres grandes é cercanas unas de otras, é habia dentro mucha gente que las defendia. E como quier que el artilleria habia derribado las almenas é defensas del muro é de algunas torres, aquello era en solo una parte de la cibdad, é que las otras partes estaban sanas é con enteras defensas. Decian ansimesmo, que para combatir tan grande cibdad, eran necesarios muchos mas tiros de lombardas gruesas de los que habia, para que ficiesen portillos en muchos lugares de la cerca, por donde la gente podiese combatir, é los moros de dentro no podiesen socorrer á todas partes. E que combatiéndose solamente por aquella parte, podrian peligrar muchos é de los mejores de la hueste: porque aquellos son los que con mayor esfuerzo osan ponerse á los peligros. E por tanto decian que el combate debía cesar, fasta que mas é mejores partes del muro fuesen derribadas. Otrosi decian que debian esperar para saber mas cierta informacion del estado de la cibdad, é de la falta de los mantenimientos que los moros tenían; porque se debía creer, que cibdad tan grande é populosa no podia durar muchos dias sin ser proveida de mantenimientos que le viniesen de fuera; é que estos no habian lugar de entrar por mar ni por tierra, por las guardas que en todas partes habia.

El Rey, vista aquella diversidad de votos, estaba en dubda de lo que debía facer, porque combatiendo era cierto el peligro é no cierta la entrada, y esperando, se recelaban los inconvenientes que recrescen en la dilacion de los cercos, considerando que los moros satisfacen á la natura con poco mantenimiento. E despues de algunas pláticas que sobre esto se ovieron, la Reyna acordó que se suspendiese el combate fasta que se pudiese facer con mayor seguridad de las personas. E allende de los pertrechos que estaban fechos para combatir, mandaron luego facer mantas reales, é mantas de carretones encoradas con cueros de vacas, é mandarettes, é bancos pinjados, encorados de manera que no pudiesen en ellos prender el fuego, para que con ellos se pudiese cavar el muro. Ficieron facer ansimesmo bastidas de diversas formas é de singular artificio compuestas, en cada una de las cuales podian ir seguramente cien homes. E ficiéronse gruesas é torres de madera; é destas torres salian unas es-

calas cubiertas de madera por los lados, para echar sobre los muros; y en estas escalas estaban enxeridas otras escalas, para descender el muro abaxo. Ansimesmo mandaron facer galápagos de madera gruesa é cubiertos de cueros, é otras escalas compuestas, é todas las otras cosas que eran necesarias para que con mayor seguridad el combate se pudiese facer. E acordaron que se ficiesen minas secretas por debaxo de tierra; dellas para poner algunas partes de los muros en cuentos, é dellas para que alguna gente entrase en la cibdad entretanto que los combates se daban á los moros.

E mandó el Rey al Duque de Náxera é al Conde de Benavente, que por la parte de sus estancias ficiesen una mina, é al Conde de Féria mandó facer otra por la estanza que guardaba. Y en la estanza del Clavero de Calatrava otra mina, é por la estanza que guardaba Don Fadrique de Toledo se ficiese otra mina. Y en estas minas se puso gran diligencia; porque todos los dias é las noches andaban los minadores con muchos peones cavando por aquellas quatro partes que el Rey acordó que se minase.

CAPÍTULO LXXXIII.

De las cosas que pasaron en Granada.

Entre los dos Reyes de Granada crecia siempre la enemistad, é como en los pueblos de los moros se sopó que los de la cibdad de Málaga estaban en necesidad de mantenimientos, quisieran ponerse á todo peligro por los socorrer, salvo por la division de los dos Reyes.

El Rey viejo que estaba en Guadix, requerido por algunos alfaquies de la tierra, escogió algunos moros de caballo é de pié, y embiólos camino de Málaga con un capitán para que entrasen en la cibdad. Estos caballeros moros, creyendo que si entrasen farian grande fazaña, é si muriesen peleando ganarian el ánima, iban con voluntad de morir, ó entrar en la cibdad. Quando el Rey mozo, que estaba en Granada, sopó que el Rey su tío embiaba aquella gente, juntó los mas moros que pudo á pié é á caballo de la cibdad de Granada, y embió un capitán á pelear con ellos; é desbaratólos, é mató algunos dellos, é los otros fuyeron, é tornaron para la cibdad de Guadix. Y embió sus embaxadores al Rey é á la Reyna, faciéndoles saber el vencimiento que ovo contra aquellos moros que les iban á deservir. E ansimesmo les embió decir, como era informado que en la cibdad de Málaga se disminuian los mantenimientos, é que mandase poner grande guarda por mar é por tierra, de manera que no pudiesen ser socorridos de gente, ni de provisiones, é que con esta guarda sin otro combate habria presto la cibdad. Otrosi embió al Rey presente de caballos é jaeces de oro, é á la Reyna embió presentes de sedas é de perfumes; é suplicóles que le oviesen por su servidor, é le mandasen las cosas que fuesen en su servicio, porque él las faria con toda lealtad. El Rey é la Reyna gelo embiaron á regradescer é mandaron dar sus cartas para todas sus cibdades

é villas, é para los alcaydes de las fortalezas, que le diesen el favor que oviese menester contra el otro Rey su tío; é que guardasen el seguro que habian dado á los lugares que estaban por él. Los moros que vivian en la cibdad de Granada y en todos los otros lugares, como quier que sentian gran dolor por el cerco que estaba puesto sobre la cibdad de Málaga; é por los mantenimientos que le faltaban quisieran ponerse á todo peligro por los socorrer, á fin que ellos no perdiesen, ni los christianos ganasen cibdad tan noble; pero no osaban mostrar por obra la voluntad que tenían secreta, por no perder la seguridad que el Rey é la Reyna les habian dado, con la qual tenían libertad para labrar el campo, é andar con sus mercaderías, é facer sus contrataciones seguramente por todas partes.

CAPÍTULO LXXXIV.

De los caballeros del Reyno de Valencia é del Principado de Cataluña que vinieron al real.

Como en las cibdades de Valencia é de Barcelona é de Zaragoza, y en aquellas partes fué la fama que el Rey acordaba de combatir la cibdad de Málaga, é algunos caballeros é fijos-dalgo de aquellas partidas sopieron que la Reyna estaba en el real, é oyeron los peligros é trabajos grandes que se habian en aquel sitio, movidos con zelo de virtud se dispusieron á venir por servir al Rey é á la Reyna en aquel fecho de armas. Los nombres de los quales son los que se siguen: Don Juan Ruiz de Corella, Conde de Cocentayna con una nao armada, é Don Juan Frances de Proxita, Conde de Almenara é de Aversa, con otra nao armada, é Mosen Miguel de Busquete, con dos galeas armadas, é Don Diego de Sandoval, Marqués de Denia, con fasta otros quatrocientos fijos-dalgo naturales de aquellas tierras. E todos estos que eran homes é fijos de homes principales, vinieron bien fornescidos de armas é de las otras cosas necesarias á la guerra. E algunos dellos que vieron los pertrechos que el Rey é la Reyna mandaron facer para el combate, é lo que las lombardas habian derribado, aconsejaban al Rey que el combate se cometiese por aquellas partes de la cibdad donde la artilleria habia derribado parte del muro.

Durante estas cosas fueron tomados dos moros de la cibdad, que certificaron al Rey é á la Reyna, que fallecía todo el pan de trigo, é que comian pan de cebada. Esta informacion habida, el Rey é la Reyna mandaron, que todavia se suspendiese el combate fasta saber mayor informacion del estado de la cibdad. Otro dia salió otro moro, que certificó al Rey é á la Reyna la mengua de los mantenimientos que los moros sofrian; pero que todavia estaban en propósito de defender la cibdad. Porque habian recibido cartas é mensajeros de la cibdad de Baza, por las quales los esforzaban para que durasen en aquella defensa que facian; é que les certificaban, que ganaban tan gran corona de virtud

que aun los que estaban en la otra vida les habian embidia, é deseaban estar en Málaga á ser participes con ellos en los trabajos que tenian en defender aquella cibdad; é que esperaban en Dios, que si las gentes de los moros no los socorriesen, é por su gran piedad los socorreria milagrosamente. La hambre crecía en la cibdad, é los moros Gomeres andaban por las casas buscando pan do quier que lo fallaban, é tomábanlo, é repartíanlo entre sí; é quando alguno negaba el pan que tenia, matábanlo é tomaban todo el mantenimiento que tenia en su casa. En el real habia gran abundancia de mantenimientos, porque siempre estaban en el campo grandes montones de harina é de cebada para qualquier que dellos queria comprar. E allende desto todos los dias venian por la mar navios cargados de pan é vino, é de paja é cebada, é de todas las provisiones que eran menester de los puertos del Andalucía, é del Reyno de Valencia, é de otras partes. E como concurrían gentes de tantas partes al real, habia en la hueste muchos enfermos, é la gente estaba fatigada de los trabajos que pasaban é peleas que contino habian con los moros. E porque estaban fechas muchas ramadas, las quales estaban ya secas, recelaban de algun fuego que por caso se encendiese, ó que fuese echado por los moros mudéxares que andaban en el real; é ansimesmo se temia de algun veneno que se echase en los pozos del agua donde las gentes bebían. E por esta causa el Rey é la Reyna mandaron que todos los moros mudéxares saliesen luego del real, é no tornasen á él sin su licencia. E dende en adelante mandaron que de dia é de noche andoviesen con la justicia homes que amonestasen á las gentes que guardasen el inconveniente del fuego, é que mirase cada uno por los homes que andaban sin señor, ó sin tener causa de estar en el real, de quien se pudiese sospechar algun mal, é que lo notificasen á la justicia. E los Alcaldes ponían tanta diligencia en esto, y en la execucion de la justicia, que el miedo de las penas facia refrenar á los malos, é vivir en seguridad á los buenos. Cosa fue por cierto dina de exemplo, porque con algunas justicias que en el principio se executaron, no se falló entre tantas gentes, y en tanto tiempo que uno sacase arma contra otro, ni andoviesen en el real latrocinios, ni otros excesos de los que en las grandes huestes suelen acaescer.

CAPÍTULO LXXXV.

De las peleas que pasaron en las minas que se hicieron contra la cibdad de Málaga.

La hambre crecía mas todos los dias en la cibdad, é no se fallaba pan ninguno de cebada ni de trigo. Los capitanes moros andaban á lo buscar por las casas, é todo lo que fallaban hicieron juntar, é dieron cargo á algunos que lo toviesen, é repartiesen á cada un moro de los que peleaban quatro onzas de pan á la mañana, é dos á la noche.

En estos dias las minas que se comenzaron ando-

vieron adelante, é las del Duque de Nájera, é del Conde de Benavente, é del Clayero de Calatrava, llegaron á los muros de la cibdad. Los moros como las sintieron cavaron por dentro, é hicieron contraminas fasta que llegaron á se descubrir las unas contrarias de las otras; é los christianos por su parte, é los moros por la suya, pusieron grandes guardas. E los moros acordaron de facer una gran cava delante de la barrera en aquella parte donde habian tirado las lombardas, porque á la hora del combate los pertrechos no pudiesen llegar á sus muros. E comenzando á cavar por de fuera, los christianos comenzaron la pelea con aquellos que cavaban, é lanzábanles tiros de ballestas é de espingardas por empacharles aquella labor. Los moros pusieron mantas é otras defensas para que pudiesen cavar sin recibir daño. Y entretanto que cavaban no cesaban las peleas entre los unos é los otros, fasta llegar tan juntos que se ferían con las lanzas é con las espadas; y entretanto que los unos moros peleaban, los otros cavaban. Esta manera de pelea duró entre ellos por espacio de seis dias que no cesó el pelear ni el cavar, fasta tanto que los moros acabaron de facer la cava que comenzaron. E luego requirieron las minas, é fallaron que otra mina que habia comenzado Don Fadrique de Toledo, llegaba á los muros de la cibdad; y ellos hicieron otra contramina, é aventurándose á gran peligro entraron por ella, é pelearon con los que la guardaban, y echaronlos fuera, é pusieronle fuego, é derribaronla toda. Como vieron los moros derribada aquella mina, cobraron tanto esfuerzo, que pensaron cometer pelea por todas partes, á fin de quemar é derribar las otras minas; é armaron sus albatozas, é fornescieronlas de gentes, é de tiros de polvora. E ordenaron que dos capitanes de cada cien homes fuesen á dar en la estancia que guardaba la gente de Córdoba, do era capitán Garci Fernandez Manrique, é que otros quatro capitanes con quatrocientos homes saliesen á dar en la estancia del Alcayde de los Donceles. Ansimesmo que otras gentes saliesen á pelear con las gentes de las estancias que guardaban el cerro que estaba contra el castillo de Gibralfaro. E mandaron á los que guardaban las minas, que peleasen con los christianos; é los unos por la mar é los otros por la tierra é otros por debaxo de tierra, todos á una hora cometieron la pelea con los christianos. Los capitanes de la mar embiaron algunos navios pequeños que llegasen cerca de la tierra para resistir á los moros que con su artillería facian daño en las fustas mayores. Otrosí los de las otras estancias, é los que guardaban las minas, defendiendo cada uno por su parte, pelearon con los moros; é por la dispusición de los lugares, veces traían los moros á los christianos, veces pujaban los christianos contra los moros. Estas peleas por la mar, é por la tierra, é por debaxo de tierra duraron por espacio de seis horas.

Al fin los capitanes christianos que peleaban por la tierra, á gran peligro arremetieron contra los moros, é recibiendo heridas de los adarves é firien-

do en los moros, los hicieron retraer á la cibdad. E los moros que peleaban por las minas no ovieron lugar de les echar fuego, por la resistencia que hicieron los christianos que las guardaban. Como los moros no toviesen mantenimientos dentro, ni esperasen socorro de fuera, é viesen en las peleas caer cerca de sí unos muertos é otros feridos, cosa fué dina de notar la osadía que aquella gente bárbara tenia en pelear, é la obediencia que tenian á sus capitanes, é su trabajo en reparar sus defensas, é su astucia en los engaños de la guerra, é la constancia que tovieron en el propósito que comenzaron.

CAPÍTULO LXXXVI.

De la embaxada é presente que embió el Rey de Tremecen.

En estos dias vino un embaxador del Rey de Tremecen, que es en los Reynos de Africa, al Rey é á la Reyna, con el qual les embió gran presente; al Rey de caballos moriscos é de jaeces de oro é albornozes, é á la Reyna vestiduras de sedas de diversas maneras, é argollas grandes de oro, é perfumes, é otras cosas de las mas preciosas que se usaban en aquellas partes.

Aquel embaxador dixo al Rey é á la Reyna, como el Rey su señor habia oido la fama de su gran poderío, é que habia visto los muchos moros que habian pasado de estas partes á las partes de Africa con su seguro, el qual les era guardado complidamente, é que por ser reyes tan poderosos é de tanta verdad é virtud, deseaba ser su servidor, é facer su mandado. Por ende, que les suplicaba que le recibiesen en su encomienda, é que le mandasen dar su seguro para él é para los de su Reyno; porque no recibiesen daño de sus flotas que andaban armadas por la mar, ni de sus gentes que descendiesen en tierra. El Rey é la Reyna le respondieron, que le agradescían el presente que les habia embiado, é mucho mas su buena voluntad é ofrescimiento; é dieron su seguro para todos los súbditos de aquel Reyno de Tremecen. E mandaron á los capitanes de la mar que lo guardasen, é no les ficiesen guerra ni daño, guardando ellos de facer guerra á los suyos, é no ayudando á los moros de Granada con gente, ni con armas, ni con mantenimientos.

CAPÍTULO LXXXVII.

De la osadía que cometió un moro de los Gomeres.

La hambre crecía mas en la cibdad, é los moros ya no comían pan sino muy pocos, é no tenían carne, é los mas dellos comían carne de caballos é de asnos; é aquella gente de los Gomeres entraban en las casas de los judios, que habia en aquella cibdad, é robaban los mantenimientos que tenian, é vinieron á tal estado, que algunos de los judios murieron de hambre.

Sabida entre los moros de otras partes la hambre que padecían los de Málaga, é los peligros que esperaban, quisieron ponerse á toda aventura por los socorrer; é tenían la voluntad para ello tan presta,

que con qualquiera de los Reyes se aventuraban á la muerte por librar á los de Málaga de aquel peligro. Un moro que se llamaba Abrahen Algerbí, natural de la cibdad de Guerba, que es el Reyno de Túnez, el qual moraba en estas partes en una aldea de la cibdad de Guadix, concibió en su ánimo de se disponer á la muerte por matar al Rey é á la Reyna; porque con esta gran fazaña faría alzar el real de Málaga, é muriendo vengaría á los moros de todas las muertes é pérdidas de tierras, que les habian fecho los christianos. Este moro publicó entre los moros que era santo, é que Dios le embiaba con un ángel revelaciones de lo que habia de ser; por las quales sabia que los moros serían reparados, é la cibdad de Málaga quedaria victoriosa contra los christianos que la tenían cercada. E como los moros por la mayor parte son livianos, especialmente atribuyen fe á sus alfaquíes, é tienen por santos á los que viven en los yerros á manera de ermitaños, juntáronse con este moro fasta quatrocientos moros, dellos Gomeres de allende, dellos naturales destas partes, é acordaron de le seguir, é aventurarse á todo peligro, haciendo lo que les dixese. Estos moros vinieron camino de Málaga, é por no ser sentidos de las guardas y escuchas, andovieron de noche por las montañas é sierras ásperas fuera de camino, fasta que llegaron cerca de la cibdad; é allí acordaron de entrar por una estancia la mas cercana á la mar por la parte de abaxo, do estaban las estancias contra Gibralfaro. E una mañana, casi al alba, los docientos dellos vinieron súbito, é dieron en los christianos que guardaban aquella estancia, é los otros cometieron á las otras mas cercanas. Los christianos aunque salteados, comenzaron la pelea con ellos. Los moros algunos entrando por el agua de la mar, otros saltando por los palenques, entraron en la cibdad fasta docientos; todos los otros fueron muertos é presos.

Aquel moro que tenían por santo venia en propósito de se ofrecer por captivo á los christianos para poder facer lo que en el ánimo habia concebido. E porque no fuese muerto con la furia del vencimiento, con grand astucia que en aquella hora tovo, se apartó del lugar do peleaban, é púsose de rodillas, é alzadas las manos al cielo fingió que hacia oracion. Los christianos habido el vencimiento, buscando los moros por las cuevas é barrancos que estaban en aquella parte, fallaron aquel moro en la manera que habemos dicho. E como vieron que no facia movimiento ninguno, llegaron á él, é lleváronlo preso al Marqués de Cádiz. E preguntándole algunas cosas, le respondió, que era moro santo, é que sabia las cosas que habian de acontecer en aquel cerco, porque Dios gelas habia revelado. Preguntóle el Marqués si sabia quando é como se habia de tomar aquella cibdad, é respondió, que bien sabia como é fasta quanto tiempo se tomaria, pero que Dios le mandó, que no lo dixese á otra persona salvo al Rey é á la Reyna en su secreto. El Marqués, como quier que conoció aquello ser liviandad, pero enviólo á decir al Rey é á la Reyna,

Los quales mandaron que lo traxiesen ante ellos, y en la forma que fué fallado quando lo prendieron, vestido un albornoz, é ceñido un terciado, fué traído á la tienda del Rey é de la Reyna, rodeado de muchas gentes que le deseaban ver, porque ya la fama sonaba de aquel moro que se decia santo. Acaeciò que el Rey habia comido, é dormia á la hora que llegaron con él á su tienda. E aquí pareció claro como esta Reyna era movida á las cosas por alguna inspiracion divina, porque como quier que era humana é tambien ella como todas las gentes le deseaban hablar, pero fué cosa maravillosa que en aquella hora la Reyna, tocada de algun espíritu divino, dixo que no lo queria ver, é mandó que lo guardasen fuera de la tienda fasta que el Rey despertase. E los que lo traian metiéronlo en una tienda cercana á la tienda del Rey, donde posaba Doña Beatriz de Bovadilla, Marquesa de Moya, é otra dueña que se decia Doña Felipa, muger de un caballero que se llamaba Don Alvaro de Portugal, fijo del Duque de Berganza, con las quates á la hora estaba aquel Don Alvaro. El moro como no sabia la lengua, creyó segun el aparato é vestiduras que vido á Don Alvaro é á la Marquesa, que aquellos serian el Rey é la Reyna, é poniendo en obra su propósito, sacó aquel terciado é dió á aquel caballero Don Alvaro una gran cuchillada en la cabeza, de la qual llegó á punto de muerte; é tiró otra cuchillada á la Marquesa por la matar, é con la turbacion que ovo no le acertó; é diérale otros golpes, salvo que un tesoro de la Reyna que se llamaba Ruy Lopez de Toledo, que estaba á la hora hablando con la Marquesa, tovo esfuerzo para socorrer aquel peligro, é se abrazó con el moro, é le tovo tan fuerte los brazos, que no pudo hacer mas tiros; é luego fué fecho pedazos de la gente que le rodeaban.

Como esto acaesció, los caballeros é capitanes é gentes del real fueron turbados de aquella fazaña, é vieron como Dios maravillosamente quiso guardar las personas del Rey é de la Reyna. E algunas gentes del real tomaron los pedazos de aquel moro y echaronlos en la cibdad con un trabuco. Quando los moros lo vieron, juntaronlos é cosieronlos con hilo de seda, é lavaron el cuerpo, é perfumado de muchos olores, é enterraron con gran sentimiento que mostraron de su muerte. E tomaron luego un christiano de los principales que tenian captivos, é mataronlo; é puesto sobre un asno, lo echaron al real. Luego fué acordado, que de mas de las guardas que continamente de dia é de noche estaban en la tienda del Rey é de la Reyna, andoviesen con la persona del Rey y estoviesen con la persona de la Reyna docientos caballeros fijos-dalgo de los Reynos de Castilla é de Aragon con sus gentes, y estos guardasen que ninguna persona llegase á ellos con armas. E mandaron que ningun moro entrase en el real, sin que primero se sopiese quien é cuyo era, é que no llegase por ningun caso á las personas reales.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Como vino al real el Duque de Medinasidonia, é otras gentes que de nuevo fueron llamadas por el Rey é por la Reyna.

Don Enrique de Guzman, Duque de Medinasidonia, como sopó que el Rey é la Reyna estaban en el real sobre Málaga, é como aquel sitio se dilatábá tantos dias, como quier que habia embiado la gente de caballo é de pié que al principio le mandaron; pero acordó de venir al real con todos los caballeros de su casa. Y el dia que entró en el real, llegaron por la mar cien navios, algunos de armada, é otros cargados de provisiones. E fecha la reverencia al Rey é á la Reyna, le dixerón que le agradecian mucho su venida, especialmente por venir sin que ellos le embiasen á llamar. El Duque les respondió, que la necesidad del Rey llama al caballero leal aunque el Rey no le llame; é que él venia allí á los servir con Don Juan su fijo, é con toda la gente que habia quedado en su tierra, é con la fidelidad que aquellos donde él venia habian servido á los Reyes sus progenitores. Otrosí, porque conocia quantos gastos se requerian en la guerra que se alarga, é pensaba que por la dilacion de aquel sitio Su real Magestad estaria en alguna necesidad, que él traia allí para les prestar veinte mil doblas de oro.

El Rey é la Reyna recibieron aquel prestido, é se ovieron por bien servidos del Duque por la gente que traxo é por el dinero que prestó, é mucho mas por la voluntad que le movió á lo uno é á lo otro. Aquella gente que el Duque traxo de su tierra é otra mucha mas, era necesaria en el real; porque como quier que habia en él mas de sesenta mil combatientes, pero los muchos trabajos é peleas habidas en tantos dias, é las guardas que convenian estar en los campos y en las estancias, y en las minas, é por la mar, y en otras partes, tenian la gente tan cansada, que el Rey é la Reyna acordaron de embiar á llamar gente de nuevo que viniese á los servir. Y embiaron á las cibdades de Toledo, é Segovia, é Madrid, é Alcaraz, é Truxillo, é Cáceres, é Badajoz, é otros lugares mas cercanos, á demandar gente de caballo é de pié. Otrosí embió el Duque del Infantadgo un capitan con la gente de armas de su casa; é otros algunos caballeros vinieron, é otros embiaron sus gentes, segun que el Rey é la Reyna gelo embiaron á mandar. E con algunos que ovieron tiempo de llegar, fué alguna relevacion de los trabajos á los que habian estado en el real desde el principio.

CAPÍTULO LXXXIX.

Como el Comendador mayor de Leon puso una estanza cercana al muro de la cibdad de Málaga.

Porque ni por la hambre que de dentro padescian los moros, ni por la guerra que sufrían de fuera, parecia en ellos ninguna flaqueza é de contino salian á pelear con los christianos, el Rey é la Reyna estaban en pensamiento de lo que debian hacer;

porque de la una parte veian que no se debía alzar aquel sitio sin tomar la cibdad, de la otra recelaban que acaeciese algun caso que los constriñese á lo alzar. E mandaban que se moviese fabla, ofreciendo seguridad á los moros de la vida é de los bienes é libertad de sus personas, si luego la entregasen. Los moros no lo quisieren hacer, porque, segun habemos dicho, algunos malos christianos los avisaban de los muertos é feridos é de algunas enfermedades que en el real habia, y estas informaciones les facian permanecer en la defensa é no venir á partido. Vista su pertinacia, platicóse en el consejo del Rey é de la Reyna, que forma se ternia para los apremiar é tener mas estrechos, ó combatiéndolos, ó llegando mas las estancias al muro. E porque la Reyna no daba lugar que el combate se cometiese, recelando las muertes é feridas que pudieran acaecer, acordóse de estrechar los moros, llegando mas al muro algunas estancias. El Comendador mayor de Leon Don Gutierre de Cárdenas, visto un sitio donde se podia poner estanza cercana á los muros, en aquella parte donde los moros comenzaban á hacer otras cavas por defuera de la barrera, á fin de escusar aquella defensa y estrechar mas los moros, fizo un baluarte contra aquel muro. E andando mas adelante haciendo baluartes de paso en paso ganando tierra, llegó con su gente á poner la estanza tan cercana al muro, que con una piedra tirada con la mano daban dentro en la cibdad.

Como los moros vieron aquella estanza tanto cercana á sus muros, trabajaban por confundirla desde las torres de la cerca con muchas piedras y esquinas que tiraban á los que la guardaban. Otros salian con gran peligro á hacer la cava que habian comenzado fuera de la barrera. Los christianos salian algunas veces á pelear con los moros por la escusa, é peleaban con las lanzas é con las espadas, é sufriendo las piedras y esquinas que tiraban del muro, arremetian contra los moros, é mataban é prendian algunos dellos. Y en esta manera de pelear continuaron algunos dias, fasta que retraxieron á los moros é les ficiéron dexar aquella defensa que comenzaron á hacer, y escusaron los daños que por aquellas partes facian en los christianos. Ansimesmo pensaron algunos capitanes tomar por combate dos torres del arrabal, que eran cercanas al muro de la cibdad do estaba la puerta que se decia de Granada; é los moros las defendieron de tal manera, que los christianos dexaron el combate, porque conocieron el peligro que en él habia. E desde otras torres bien cercanas que tenian, las guerreaban todas las horas con ballestas y espingardas, de tal manera que los moros las desampararon, pero desde otras torres cercanas defendian que los christianos no las tomasen. Y en esta manera aquellas dos torres quedaron sin amparo, porque ni los christianos, ni los moros osaban estar en ellas. E porque si se pudieran ganar, los moros por aquella parte fueran muy retraidos é se señoreaba aquella puerta principal de la cibdad; el tesoro Ruy Lopez con algunos criados del Rey é de la Reyna tornaron á las combatir.

Como los moros vieron que les ponian las escalas, luego subieron en las torres por las defender, é con grandes piedras que tiraron, derribaron las escalas con los que en ellas estaban. Los christianos tornaron otra vez á las poner, é tirando por defuera muchos tiros de ballestas y espingardas, ovo lugar de subir primero en una de las torres un caballero que se llamaba Pedro de Quexana, el qual peleó dentro en la torre con los moros que la guardaban; é dando é recibiendo feridas, fué muerto porque los christianos no podieron subir á le socorrer. Este combate duró por espacio de dos horas, é algunos de los christianos por fuerza de armas subieron al muro, é peleando lanzaron de las torres á los moros que las defendian. Visto por los moros como habian perdido las torres, acorrieron muchos dellos é pusieronles fuego, é tan grande fué el fumo é los tiros que les tiraban por baxo é desde las otras torres cercanas, que los christianos las desampararon porque no las podieron sostener. En estos combates murieron el Comendador Juan de Virues, é Alonso de Santillan, é Diego de Mazariegos, é otros seis fijos-dalgo de la casa del Rey é de la Reyna, é otros algunos. E al fin ni los christianos ganaron las torres, ni los moros las podieron tener, é fueron desamparadas por los unos é por los otros, segun estaban primero.

CAPÍTULO XC.

De las cosas que pasaron dentro en la cibdad de Málaga.

La hambre crecía tanto en la cibdad, que los mas dias algunos moros salian á se ofrescer por esclavos de los christianos, eligiendo de su voluntad el captiverio, por sostener la vida. Estos decian que ya en la cibdad eran bien pocos los que podian haber pan de cebada, é que comian cueros de vacas cocidos, é á las criaturas daban fojas de parras picadas é cocidas con aceyte. Decian ansimesmo, que los Gomeres entraban en las casas é tomaban por fuerza las cosas que fallaban de comer, é quebraban arcas, é derribaban las paredes é otros lugares donde pensaban fallar pan é otros mantenimientos escondidos. E que andaban ya tan disolutos haciendo tales fuerzas, que los moradores de la cibdad estaban atribulados por la hambre que padescian é por las fuerzas que recibian; é que lloraban la hambre de dentro, é la muerte ó el captiverio que esperaban de fuera. E como quier que en la cibdad eran muchos los muertos é feridos, no consentian los capitanes que se fablase en ningun trato de entregar la cibdad; porque estaba dentro un moro que tenian por santo, el qual les certificaba, como Dios tenia ordenado que saliesen un dia é diesen en el real, é que habian de haber victoria cumplida de sus enemigos, é gozarian de los mantenimientos que estaban en el real. El Rey é la Reyna no creian que la hambre de los moros fuese tan grande, pues no movian fabla, ni querian oír partido de entregar la cibdad, é continamente salian á pelear por las minas, é con los que guarda-

ban las estanzas é las torres del arrabal. Otrós escaramuzaban por la mar con las naos de la flota; é un día movieron una escaramuza con sus albatozas armadas, é metieronse tanto entre los navios de los christianos, que anegaron con su artillería una nao armada del Duque de Medinasidonia, é hicieron retraer los otros navios pequeños que llegaban á la cibdad. Y en estas peleas marinas, los moros salian arrebatadamente con sus navios, é facian daño con los muchos tiros de pólvora que tiraban, é luego prestamente se volvian á la orilla, donde eran defendidos de los que guardaban los muros por aquella parte de la mar. Despues de pasados algunos días la hambre creció tanto en la cibdad, que ninguno comía pan, salvo carne de bestias é cueros de vacas cocidos, é comían lo seco de las palmas molido, de que facian pan. Los moros oficiales é mercaderes é otras gentes, eligiendo mas el captiverio que rece-laban que la hambre que padescian, pospuesto el temor de los Gomerés, osaban ya hablar á los capitanes é á las otras gentes de guerra, amonestándoles con Dios que entregasen la cibdad al Rey é á la Reyna. E juntaronse con un alfaquí que se llamaba Abrahén Alhariz otros dos moros principales de la cibdad, al uno llamaban Amar-Benamar, é al otro Alidurdux, con otros algunos mercaderes é oficiales; é aquel alfaquí dixo al capitán Hamete Zeli: «Requirímoste con el Dios poderoso, que entregues luego la ciudad al Rey de los christianos, pues no tenemos otro remedio para guardar la vida, sino perder la tierra. E tú que eres nuestro capitán, no nos seas mas duro enemigo matándonos de hambre, que los christianos que nos matan con fierro: porque esta nuestra porfía mas parece buscar la muerte, que celar la libertad. Mira cuántos de nuestros peleadores ha muerto el cuchillo, no quieras tú que la hambre mate á los que quedan, é á nuestras mugeres é hijos que gimiendo demandan pan, é nos ponen dolor, porque no los podemos remediar. ¿Son por ventura mas fuertes los muros de Málaga que los muros de Ronda? ó sois vosotros mas guerreros que los caballeros de Loxa? La fortaleza de Ronda ya se humilló, é la caballería de Loxa no pudo resistir el poderío destes Principes que con gran poderío de gentes nos tienen tanto tiempo ha cercados: los quales ya no deben pelear con nosotros, pues nuestra hambre pelea por ellos. Pero si os sentís aun tan valientes para os defender, salid fuera, é pelead con los christianos, é comeréis los que peleando quedáredes vivos. ¿Qué esperáis? ¿Qué es vuestra confianza? ¿Pensáis que podréis comer sino peleáis allá fuera ó podréis pelear, sino comeis acá dentro? ¿O consejaisnos por ventura que padezcamos la hambre con esperanza de algun socorro? Ya no hay tiempo de esperanza: ya Granada perdió su fuerza, ya Granada no tiene caballeros, no tiene rey, perdió sus capitanes, perdió su orgullo. Por Dios no perezamos con esperanzas vanas que nos ponen homes sin seso, é no esperemos de haber consejo para quando no hay tiempo de lo ha-

»bor.» Estas cosas osaban ya decir como desesperados de la vida, porque veían la perdición de la cibdad. Pero los capitanes moros confiando en lo que les predicaba aquel moro que tenían por santo, no querían dar oreja á ninguna razon con esperanza de salir fuera á pelear con la gente del real, el día que aquel moro gelo dixese.

CAPÍTULO XCI.

Como se ganó una torre de la cibdad de Málaga que estaba junto con la puente.

Junto con la barrera de la cibdad de Málaga había una puente con quatro arcos, y en el muro de la barrera donde se principiaba esta puente había una torre, y en el cabo de parte de fuera había otra. Estas dos torres eran grandes é muy fuertes. El Rey, visto que si aquellas dos torres se tomasen, la cibdad con menor peligro se podría combatir, mandó á Francisco Ramirez de Madrid, capitán del artillería, que con la gente é oficiales de su capitana combatiese aquellas dos torres. Aquel Francisco Ramirez, cumpliendo el mandamiento del Rey, fizo traer mantas é los tiros de pólvora necesarios para el combate. E porque la gente no podía llegar sin gran peligro, fizo una mina que llegaba fasta el cimiento de la torre primera, é fizo cavar fasta que llegó á lo hueco de la torre, é allí puso un cortago la boca arriba, é armaronlo para que tirase al suelo de la torre, sobre el qual estaban los moros que la defendían. E por la parte de fuera haciendo baluartes de paso en paso, para que la gente se defendiese, ganó tierra fasta llegar bien cerca de la torre, é allí puso algunos tiros de pólvora, é comenzó á combatir la torre.

Los moros que estaban encima defendíanse, é ferían á algunos christianos, é desta manera duró aquel combate quatro días, que todas las horas tiraban de la una parte á la otra tiros de pólvora é de saetas. Un día los christianos llegaron las escalas é las mantas é otros pertrechos para subir á la torre; y estando la gente en la furia del combate, los artilleros pusieron fuego al cortago que estaba armado debaxo del suelo de la torre, é con el tiro que fizo derribó gran parte del suelo do estaban los moros que la defendían, é cayeron quatro dellos. Quando los otros vieron que no podían andar libremente sobre el suelo para defender la torre, luego la desampararon, é se pasaron á defender la otra torre que estaba fundada al otro cabo de la puente sobre la barrera de la cibdad. Los christianos subieron á aquella torre, é apoderados della tiraban tiros de piedras é de saetas y espingardas á los moros que guardaban la otra torre, é los moros á ellos. E por baxo en medio de la puente, ni los unos ni los otros osaban estar, porque la pelea en aquella puente era peligrosa. Los christianos, viendo que se podía combatir la otra torre, comenzaron á hacer en la puente un baluarte con propósito de ir haciendo defensas de paso en paso, fasta llegar á la otra torre. Los moros, viendo que los christianos trabajaban por ga-

CAPÍTULO XCIII.

Como salieron ciertos moros de Málaga á demandar partido al Rey é á la Reyna para entregar la cibdad.

Los más de los capitanes moros Gomerés eran muertos é feridos; é aquel capitán principal Hamete Zeli, segun habemos dicho, se retraxo á la fortaleza. E los moros de la cibdad constreñidos por la hambre que padescían, demandaron seguro para ciertos moros que querían embiar á dar forma sobre la entrega de la cibdad. El Rey é la Reyna gelo mandaron dar, é vinieron ante ellos el alfaquí é los otros dos moros que habemos dicho que se llamaba el uno Alidurdux, y el otro Amar-Benamar, é otros tres de los principales, los quales demandaron al Rey é á la Reyna que les diese seguridad para sus personas é bienes, é que ellos entregarían la cibdad con todas sus fuerzas, quedando ellos en sus casas por mudéxares, siervos del Rey é de la Reyna. Otrós que les diesen la villa de Coin para algunos moros que la querían poblar; é que si algunos quisiesen dexar aquella tierra, é ir á las partes de Africa, ó á otros lugares de España, les mandasen dar seguro para lo facer, segun habían fecho á los de Velezmálaga é de las otras cibdades que habían conquistado, é que les suplicaban que no menospreciasen la subjecion de tantas gentes como geles ofrescían por súbditos.

El Rey é la Reyna, vista esta demanda, cometieron la respuesta al Comendador mayor de Leon. El qual por su mandado les respondió que si al principio entregaran la cibdad segun hicieron los de Velezmálaga é de las otras cibdades, ellos les dieran el seguro que á los otros dieron. Pero que despues de tantos días pasados é tantos trabajos habidos, venidos en el estado en que su pertinacia los había puesto, mas estaban en tiempo de dar que de demandar ni de escoger partidos. E que no les darian el seguro que demandaban, porque bien sabían ellos que los vencidos deben ser sujetos á las leyes que los vencedores quisieren. E que pues la hambre é no la voluntad les facía entregar la cibdad, que se defendiesen, ó remitiesen á lo que el Rey é la Reyna dispusiesen dellos; conviene á saber, los que á la muerte, á la muerte, é los que al captiverio, al captiverio. Los moros volvieron á la cibdad, é como notificaron á los vecinos della esta respuesta, sintiéndola por muy grave, respondieron que ellos darian la cibdad al Rey é á la Reyna con todas sus fortalezas, é con todos los bienes que en ella había. Pero que si no les daban seguro para libertad de sus personas, ellos colgarian de las almenas de la cibdad fasta quinientos homes é mugeres christianos que tenían captivos, é puestos los viejos é mugeres é niños en el alcazaba, pornían fuego á la cibdad, é saldrían todos á morir matando christianos, porque al fin el Rey é la Reyna oviesen la victoria sangrienta; de tal manera que el fecho de la cibdad de Málaga fuese nombrado á todos los vivientes, y en todas las edades que el mundo durase.

nar la puente, tiraron tantos tiros de búzanos é lombardas, que lo resistieron á los christianos; é peleaban continuamente los unos del un cabo de la puente é los otros del otro. Y en aquellos combates murieron algunos moros principales de la cibdad, especialmente murieron dos capitanes que se llamaban el uno Cidi Mahomad y el otro Abdurrhamen. E por estos capitanes hicieron los moros gran sentimiento, porque eran de los naturales, é de los mas principales de la cibdad, é fué causa que se ganase. Despues que se entregó la cibdad, el Rey, considerando los trabajos é grandes fechos de armas que aquel Francisco Ramirez fizo en aquellos combates, fallándole dino del honor de la caballería, le armó caballero en aquella torre que ganó por combate.

CAPÍTULO XCII.

Como salieron los moros de la cibdad á pelear con los del real.

La hambre creció tanto en la cibdad, que ya los moros que la defendían no la podían sufrir. E aquel moro que tenían por santo les dixo que saliesen á pelear con los del real, é que Dios les daria victoria, é venganza de sus enemigos; é amonestoles que guardasen de pararse al despojo, salvo que peleasen como varones esforzados, é cada uno fuese adelante matando christianos, é que no perdonasen la vida á ninguno de quantos topasen. Otrós amonestóles que se perdonasen las injurias unos á otros, é que la caridad que oviese entre ellos los faría vencedores.

Los moros, por el consejo de aquel moro santo, salieron un día por la mañana fasta ciento de caballo é quatro batallas de moros á pié, é tirando muchas saetas y espingardas, vinieron con grand ímpetu á dar en dos estanzas que guardaban el Maestre de Santiago y el Maestre de Alcántara. E como los christianos fueron súbitamente salteados, no pudieron tan presto resistir á los moros, é ovieron lugar de matar é ferir algunos de los que las guardaban. E luego acudió á un portillo del Maestre de Santiago Don Pedro Puertocarrero, Señor de Moguer, é Don Alonso Pacheco, su hermano, con sus gentes, é defendieron aquel portillo peleando con los moros por espacio de media hora, de manera que les resistieron la entrada por aquella parte. Por la estanza del Maestre de Alcántara acorrió á otro portillo un caballero de su casa, que se llamaba Lorenzo Suarez de Mendoza, con algunos suyos, é peleó é defendió la entrada á los moros, fasta que acudieron muchas gentes de las unas partes é de las otras, é pelearon con los moros, é matando é firiendo en ellos, los retraxieron á la cibdad. En esta pelea fueron feridos é muertos muchos moros, é algunos eran los mas principales. Y el dolor que se ovo en la cibdad de aquel vencimiento, é los llantos de los homes é de las mugeres que facían por los muertos é por los feridos fué tanto grande, que aquel capitán principal no osó estar en la cibdad, é se retraxo al Alcazaba, é dixo á los moros que ficiesen partido de entregar la cibdad con todas sus fortalezas al Rey é á la Reyna.